

EL OCHO

Katherine Neville

LA DEFENSA

Los personajes suelen estar a favor o en contra de la búsqueda. Si la apoyan, se los idealiza como valientes o puros; si la obstruyen, se los tilda de infames o cobardes. Por consiguiente, todo personaje típico [...] suele enfrentarse con su contrario moral, como las piezas blancas y negras del ajedrez.
NORTHROP FRYE,
Anatomy of Criticism

Abadía de Montglane, Francia, primavera de 1790

n grupo de monjas cruzó la carretera. Sus almidonados griñones se agitaban a ambos lados de la cabeza como alas de grandes aves marinas. Cuando atravesaron las imponentes puertas de piedra de la ciudad, gallinas y gansos se apartaron con presteza de su camino aleteando y chapoteando en los charcos de barro. Todas las mañanas, las monjas se desplazaban en la niebla oscura que envolvía el valle y, en parejas silenciosas, se dirigían colina arriba hacia el lugar donde sonaba la campana.

Esa primavera fue conocida como «le printemps sanglant», la primavera sangrienta. Los cerezos habían florecido antes de tiempo, mucho antes de que se derritieran las nieves de las altas cumbres. Sus frágiles ramas se inclinaban hacia el suelo por el peso de las flores rojas y húmedas. Algunos consideraron un buen augurio esa floración prematura, un símbolo de renacimiento tras el prolongado y cruel invierno. Luego llegaron las lluvias frías; las ramas floridas se helaron y el valle quedó cubierto de una gruesa capa de flores rojas salpicada de manchas marrones de hielo. Como una herida en la que se coagula la sangre. Algunos dijeron que era otra señal.

La abadía de Montglane dominaba el valle como un descomunal saliente rocoso en la cima de la montaña. Desde hacía casi mil años el edificio, que parecía una verdadera fortaleza, había permanecido ajeno al mundo exterior. Estaba formado por seis o siete estratos de pared contruidos uno sobre otro. Con el correr de los siglos, a medida que las piedras originales se desgastaron, se levantaron nuevas paredes provistas de arbotantes para reforzar las antiguas. El resultado fue una siniestra mezcla arquitectónica, cuyo aspecto dio pábulo a rumores sobre el lugar. La abadía era la más vetusta estructura eclesiástica de Francia que permanecía intacta y sobre ella pesaba una antigua maldición que muy pronto se reavivaría.

Mientras el sonido ronco de la campana retumbaba en el valle, las monjas que aún estaban trabajando levantaron la mirada, dejaron a un lado azadas y rastrillos y echaron a andar entre filas de cerezos hacia el escarpado camino que llevaba a la abadía.

Cerraban la larga procesión dos jóvenes novicias, Valentine y Mireille, que caminaban cogidas del brazo con las botas cubiertas de barro. Constituían un complemento a la ordenada fila de monjas. Mireille, alta, pelirroja, de piernas largas y hombros anchos, parecía más una sana granjera que una religiosa. Sobre el hábito llevaba un pesado delantal de carnicero y de su griñón escapaban rizos rojos. A su lado, Valentine parecía una joven delicada, pese a tener casi la misma estatura. Era de tez pálida, casi translúcida, blancura que quedaba acentuada por la cascada de cabello rubio ceniza que le caía sobre los hombros. Había guardado el griñón en el bolsillo del hábito y caminaba de mala gana junto a Mireille por el enlodado camino.

Las dos muchachas, las monjas más jóvenes de la abadía, eran primas por parte de madre; ambas habían quedado huérfanas a edad temprana a causa de una terrible peste que había asolado Francia. El anciano conde de Rémy, abuelo de Valentine, las encomendó a la Iglesia y a su muerte les dejó el sustancioso fruto de la venta de sus propiedades para garantizar su cuidado.

Las circunstancias de su crianza habían creado un vínculo indisoluble entre ambas, que rebotaban de la alegría incontenible de la juventud. A menudo la abadesa oía a las monjas mayores quejarse de que la conducta de las jóvenes era impropia de la vida monástica, pero juzgaba más acertado refrenar su espíritu juvenil en lugar de sofocarlo.

Por añadidura, la abadesa sentía debilidad por las primas huérfanas, sentimiento excepcional dadas su personalidad y posición. Las monjas de más edad se habrían sorprendido de saber que, desde su más tierna infancia, la abadesa mantenía esa clase de amistad íntima con una mujer de la que la separaban muchos años y miles de kilómetros.

Mientras subían por el escarpado sendero, Mireille se metía bajo el griñón algunos rebeldes mechones pelirrojos y tiraba del brazo de su prima, a quien sermonaba sobre el pecado de la impuntualidad.

—Si sigues remoloneando, la reverenda madre volverá a imponernos una penitencia —afirmó.

Valentine se zafó y giró en redondo.

—En primavera la tierra se anega —exclamó agitando los brazos, y a punto estuvo de despeñarse. Mireille la ayudó a subir por la traicionera pendiente—. ¿Por qué tenemos que estar encerradas en la sofocante abadía, cuando fuera todo rebosa de vida?

—Porque somos monjas —contestó Mireille con los labios apretados, y aceleró el paso sujetando el brazo de Valentine con firmeza—. Y nuestro deber es rezar por la humanidad.

La tibia bruma que se elevaba del valle llevaba consigo una fragancia tan intensa que impregnaba todo del aroma de las flores de cerezo. Mireille intentó hacer caso omiso del cosquilleo que provocaba en su cuerpo.

—Gracias a Dios aún no somos monjas —repuso Valentine—. Solo somos novicias, hasta que pronunciemos los votos. Aún estamos a tiempo de salvarnos. He oído a las

monjas mayores murmurar que los soldados merodean por toda Francia despojando a los monasterios de sus tesoros y prediando a los curas para llevarles a París. Quizá algunos soldados lleguen hasta aquí y me lleven a París. ¡Y me inviten a la ópera todas las noches y beban champán de mi zapato!

—Los soldados no son siempre tan encantadores como imaginas —observó Mireille—. Al fin y al cabo su tarea consiste en matar gente, no llevarla a la ópera.

—Eso no es lo único que hacen —declaró Valentine bajando la voz con tono misterioso. Habían llegado a lo alto de la montaña, donde el sendero se aplanaba y ensanchaba considerablemente. En ese punto estaba empedrado con adoquines y semejava las anchas vías públicas de las ciudades más pobladas. A ambos lados se alzaban altos cipreses, que, comparados con los cerezos que crecían abajo, parecían severos, imponentes y, al igual que la abadía, extrañamente fuera de lugar.

—¡He oído que los soldados hacen cosas horribles a las monjas! —susurró Valentine al oído de su prima—. ¡Si uno se topa con una monja, en el bosque, por ejemplo, inmediatamente se saca una cosa de los pantalones, se la mete a la monja y la menea! ¡Y, cuando acaba, la monja tiene un niño!

—¡Vaya blasfemia! —exclamó Mireille apartándose de Valentine e intentando disimular la sonrisa que esbozaban sus labios—. Creo que eres demasiado descarada para ser una monja.

—Es lo que vengo diciendo desde hace tiempo —reconoció Valentine—. Prefiero ser mujer de un soldado que esposa de Cristo.

Al acercarse a la abadía vieron las cuatro hileras dobles de cipreses plantados en cada entrada para formar el símbolo de la cruz. Los árboles las rodearon cuando echaron a correr envueltas en la oscura bruma. Atravesaron el portón y cruzaron el amplio patio. Mientras se aproximaban a las altas puertas de madera del edificio principal, la campana seguía sonando como un tañido fúnebre que penetraba la densa niebla.

Se detuvieron para quitarse el barro de las botas y tras persignarse de prisa franquearon la alta entrada. Ninguna de las dos miró la inscripción en lengua fránica tallada toscamente en el arco de piedra que rodeaba la puerta, pero las dos sabían qué decía, como si las palabras estuvieran grabadas en su corazón:

MALDITO SEA QUIEN DERRIBE ESTOS MUROS. AL REY SOLO LE DA JAQUE LA MANO DE DIOS.

Debajo de la inscripción, labrado en mayúsculas, se leía el nombre CAROLUS MAGNUS. Había sido el artífice tanto del edificio como de la maldición lanzada a quienes intentaran destruirlo. Magnífico soberano del Imperio franco hacía más de mil años, era conocido en toda Francia como Carlomagno.

Los muros interiores de la abadía eran oscuros y fríos, y estaban cubiertos de musgo a causa de la humedad. Del sanctasanctorum llegaban los susurros de las novicias que oraban y el suave tintineo de las cuentas de los rosarios mientras contaban los padrenuestros, los avemarías y los glorias. Valentine y Mireille cruzaron de prisa la capilla, donde la última novicia hacía una genuflexión, y siguieron la estela de murmullos hasta la pequeña puerta que se abría tras el altar y conducía al estudio de la reverenda madre. Una monja anciana empujaba hacia el interior a las rezagadas.

Valentine y Mireille se miraron y entraron con ellas.

Era extraño que la abadesa las hubiera convocado a su estudio de esa forma. Eran muy pocas las monjas que habían estado allí, y casi siempre por razones disciplinarias. Valentine, a la que castigaban continuamente, visitaba el lugar con cierta asiduidad. Sin embargo, esta vez habían tocado la campana de la abadía para convocar a todas las religiosas. ¿Por qué querían reunir las a todas en el estudio de la reverenda madre?

Cuando Valentine y Mireille entraron en la amplia estancia de techo bajo, observaron que todas las hermanas de la abadía estaban presentes: más de cincuenta. Sentadas en los duros bancos de madera que habían colocado en hileras delante del escritorio de la abadesa, murmuraban entre sí. Su extrañeza ante la circunstancia era evidente, y los rostros que se volvieron para ver entrar a las dos jóvenes primas parecían asustados. Las muchachas se acomodaron en la última fila. Valentine apretó la mano de Mireille y susurró:

—¿Qué significa esto?

—Me parece que no augura nada bueno —murmuró Mireille—. La reverenda madre está muy seria. Y hay dos mujeres a las que nunca he visto.

Al fondo de la larga estancia, de pie detrás de un gran escritorio de madera de cerezo encerada, estaba la abadesa. Tenía la piel curtida y arrugada como un pergamino, pero no por ello dejaba de irradiar el poder que le confería su elevada posición. En su actitud se percibía una cualidad intemporal que indicaba que hacía mucho que había alcanzado la tranquilidad de espíritu. No obstante, estaba más seria que de costumbre.

Dos desconocidas —ambas jóvenes corpulentas de manos fuertes— la flanqueaban como ángeles vengadores. Una tenía la piel clara, el pelo oscuro y los ojos luminosos, y la otra guardaba un notable parecido con Mireille por su tez pálida y su cabello castaño, apenas más oscuro que los rizos de la huérfana. Ambas parecían monjas, pero no vestían hábito, sino sencillos trajes de viaje gris.

La abadesa aguardó a que todas las monjas se sentaran y la puerta se cerrara. Cuando se hizo el silencio, empezó a hablar con esa voz que a Valentine siempre le recordaba el crujido de las hojas secas bajo los pies.

—Hijas mías —dijo cruzando las manos sobre el pecho—, la Orden de Montglane lleva casi mil años sobre esta peña sirviendo al Altísimo y cumpliendo con su deber hacia la humanidad. Aunque estamos aisladas del mundo, nos llega el eco de su agitación. En este nuestro pequeño rincón hemos recibido nuevas desagradables que podrían alterar la seguridad que hasta ahora hemos disfrutado. Las dos mujeres que están a mi lado son las portadoras de esas nuevas. Os presento a la hermana Alexandrine de Forbin —añadió señalando a la mujer de cabello oscuro— y a Marie-Charlotte Corday, que dirigen la Abbaye-Aux-Dames de Caen, en las provincias del norte. Han atravesado toda Francia disfrazadas, en un viaje agotador, para transmitirnos una advertencia. En consecuencia, os pido que las escuchéis. Lo que os dirán es de la mayor importancia para nosotras.

La abadesa se sentó, Alexandrine de Forbin carraspeó y habló en voz tan queda que las monjas tuvieron que aguzar el oído. Sin embargo, sus palabras fueron muy claras.

—Hermanas en Dios, la historia que tenemos que contar no es para medrosas. Algunas de nosotras se acercaron a Cristo con la esperanza de redimir a la humanidad; otras lo hicieron con la esperanza de escapar del mundo, y otras contra su voluntad, pues carecían de vocación. —Al pronunciar estas palabras dirigió sus ojos oscuros y luminosos hacia Valentine, que se ruborizó hasta la raíz de su rubia cabellera—. Fuera cual fuese vuestro propósito, a partir de hoy ha cambiado. Durante nuestro viaje la hermana Charlotte y yo hemos atravesado toda Francia, pasando por París y todas las villas entre medias. No solo hemos visto hambre, sino también inanición. El pueblo se amotina reclamando pan. Hay matanzas, las mujeres pasean por las calles cabezas cercenadas clavadas en picas. Se cometen violaciones y actos más graves. Se asesina a niños pequeños, turbas airadas perpetran toda clase de torturas en las plazas públicas...

Las monjas ya no guardaban silencio. Alarmadas, habían alzado la voz mientras Alexandrine desgranaba su sangriento relato.

A Mireille le extrañó que una sierva del Señor fuera capaz de referir semejantes acontecimientos sin palidecer; la oradora no había perdido su tono sereno ni su voz se había quebrado en ningún momento. Miró a Valentine, que tenía los ojos muy abiertos por la fascinación. Alexandrine de Forbin aguardó a que se calmaran los ánimos y prosiguió:

—Estamos en abril. El octubre pasado, una multitud iracunda secuestró a los reyes en Versalles y los obligó a regresar a las Tullerías, donde fueron encarcelados. El monarca tuvo que firmar un documento, la Declaración de los Derechos del Hombre, que proclama la igualdad de todos los hombres. Ahora la Asamblea General controla el gobierno y el rey carece de poder para intervenir. Nuestro país está más allá de la revolución. Vivimos en un estado de anarquía. Por si esto fuera poco, la Asamblea ha descubierto que no hay oro en las arcas del Estado; el rey ha llevado a Francia a la bancarrota. En París opinan que no vivirá para ver el nuevo año.

Las monjas se estremecieron y se oyeron murmullos nerviosos por todo el estudio. Mireille apretó suavemente la mano de Valentine mientras miraban a la oradora. Las mujeres que ocupaban la estancia jamás habían oído expresar esas ideas y ni siquiera podían imaginar que semejantes cosas existieran. Tortura, anarquía, regicidio. ¿Era concebible?

La abadesa dio un golpe en el escritorio para llamar al orden y las monjas guardaron silencio. Alexandrine tomó asiento. La hermana Charlotte, la única que permanecía en pie, comenzó a hablar con voz fuerte y enérgica.

—Entre los miembros de la Asamblea hay un hombre especialmente malvado. Se hace llamar representante del clero, pero lo único que le mueve es la sed de poder. Me refiero al obispo de Autun. En Roma lo consideran la encarnación del demonio. Se afirma que nació con la pezuña hendida, la marca de Lucifer; que bebe sangre de tiernas criaturas para conservar la juventud, y que celebra misas negras. En octubre propuso a la Asamblea que el Estado confiscara todas las propiedades de la Iglesia. El 2 de noviembre, el gran estadista Mirabeau defendió ante la Asamblea el proyecto de ley de confiscación, que fue aprobado. El 13 de febrero comenzaron las incautaciones. Todos

los sacerdotes que se resistieron fueron arrestados y encarcelados. El 16 de febrero, el obispo de Autun fue elegido presidente de la Asamblea. Ahora nada puede detenerlo. Las monjas fueron presa de una profunda agitación y comenzaron a proferir exclamaciones de espanto y protestas. La voz de Charlotte se impuso a las demás.

—Mucho antes de presentar el proyecto de ley, el obispo de Autun hizo pesquisas sobre el emplazamiento de las riquezas de la Iglesia a lo largo y ancho de Francia. Aunque el proyecto puntualiza que los sacerdotes serán los primeros en caer y, que se ha de perdonar a las monjas, sabemos que el obispo ha puesto los ojos en la abadía de Montglane. La mayoría de sus indagaciones se han centrado en torno a Montglane. Por eso hemos venido a toda prisa a advertiros. El tesoro de Montglane no debe caer en sus manos.

La abadesa se puso en pie y posó la mano sobre el fuerte hombro de Charlotte Corday. Observó las hileras de monjas vestidas de negro, cuyos griñones rígidos y almidonados se agitaban como un mar plagado de gaviotas, y sonrió. Este era su rebaño, al que durante tanto tiempo había cuidado y al que quizá no volviera a ver en cuanto revelara lo que debía comunicar.

—Ahora conocéis la situación tan bien como yo —dijo—. Aunque hace muchos meses que estoy enterada de este trance, no he querido alarmaros hasta tener claro qué camino debía tomar. Las hermanas de Caen, que han venido hasta aquí en respuesta a mi llamada, han confirmado mis peores temores. —El silencio que reinaba en la estancia era como el de los cementerios. Solo se oía la voz de la abadesa—. Soy una mujer entrada en años, a la que tal vez el Señor llame antes de lo que ella imagina. Los votos que pronuncié

al entrar al servicio de este convento no solo fueron ante Cristo. Al convertirme en abadesa de Montglane, hace casi cuarenta años, juré guardar un secreto, a costa de mi vida si era necesario. Ahora ha llegado el momento de que sea fiel a ese juramento, pero para ello debo compartir parte del secreto con cada una de vosotras y pedir os que os comprometáis a guardarlo. Mi historia es larga y os ruego paciencia si tardo en contarla. Cuando haya terminado, sabréis por qué cada una de vosotras debe hacer lo que hay que hacer.

La abadesa se interrumpió y bebió un sorbo de agua de un cáliz de plata que estaba sobre la mesa. Luego retomó la palabra:

—Hoy es 4 de abril del año del Señor de 1790. Mi historia comienza otro 4 de abril de hace muchos años. El relato me fue narrado por mi predecesora tal como cada abadesa se lo contó a su sucesora en el momento de su iniciación, y tiene tantos años como los que esta abadía lleva en pie. Ahora os lo contaré...

EL RELATO DE LA ABADESA

El 4 de abril del año 782, en el palacio oriental de Aquisgrán, tuvo lugar una fiesta magnífica para celebrar el cuadragésimo cumpleaños del gran Carlomagno. El rey había invitado a todos los nobles del imperio. El patio central, con su cúpula de mosaico, escaleras circulares y balcones, estaba repleto de palmeras traídas de tierras lejanas y

festoneado con guirnaldas de flores. En los grandes salones, entre lámparas de oro y plata, sonaban arpas y laúdes. Los cortesanos, engalanados de púrpura, carmesí y dorado, se movían en un país de ensueño, habitado por malabaristas, bufones y titiriteros. En los patios había osos salvajes, leones, jirafas y jaulas con palomas. Durante las semanas que precedieron al cumpleaños del rey había reinado un gran júbilo.

El apogeo de la fiesta tuvo lugar el mismo día del cumpleaños. Por la mañana el monarca llegó al patio principal en compañía de sus dieciocho hijos, la reina y sus cortesanos predilectos. Carlomagno era sumamente alto y poseía la delgadez garbosa del jinete y el nadador. Tenía la piel atezada y la cabellera y el bigote veteados de rubio a causa del sol. Todo en él indicaba que era el guerrero y

gobernante del mayor reino del mundo. Vestido con una sencilla túnica de lana y una ceñida capa de marta, y portando la espada de la que jamás se separaba, atravesó el patio saludando a sus súbditos e invitándolos a compartir los refrescos que profusamente se ofrecían en las tablas chirriantes del salón.

El rey había preparado una sorpresa. Maestro de la estrategia bélica, sentía una especial predilección por cierto juego. Se trataba del ajedrez, conocido también como juego de guerra o juego de los reyes. En este su cuadragésimo cumpleaños Carlomagno pretendía enfrentarse al mejor ajedrecista del reino, el soldado conocido como Garin el Franco.

Garin entró en el patio al son de las trompetas. Los acróbatas saltaron ante él y las jóvenes cubrieron su camino de frondas de palma y pétalos de rosa. Garin era un joven esbelto, de tez pálida, expresión seria y ojos grises, soldado del ejército occidental. Se arrodilló cuando el monarca se puso en pie para darle la bienvenida.

Ocho criados negros vestidos de librea mora entraron a hombros el tablero de ajedrez. Estos hombres, así como el tablero, habían sido regalo de Ibn al-Arabi, gobernador musulmán de Barcelona, para agradecer la ayuda que el monarca le había prestado cuatro años antes contra los montañeses vascos. Fue durante la retirada de esta famosa batalla, en el desfiladero navarro de Roncesvalles, cuando encontró la muerte Hruoland, el soldado bienamado del rey, héroe de la Chanson de Roland. Como consecuencia de este doloroso recuerdo, el monarca nunca había utilizado el tablero de ajedrez ni se lo había mostrado a sus vasallos.

La corte se maravilló al ver el extraordinario juego de ajedrez mientras lo depositaban sobre una mesa del patio. Las piezas, aunque realizadas por maestros artesanos árabes, mostraban indicios de sus antepasados indios y persas. Algunos creían que dicho juego existía en la India más de cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo y que llegó a Arabia, a través de Persia, durante la conquista árabe de este país en el año 640 de Nuestro Señor.

El tablero, forjado en plata y oro, medía un metro de lado. Las piezas, de metales preciosos afilligranados, estaban tachonadas de rubíes, zafiros, diamantes y esmeraldas sin tallar pero perfectamente lustrados, y algunos tenían el tamaño de huevos de codorniz. Como destellaban y resplandecían a la luz de los faroles del patio, parecían brillar con una luz interior que hipnotizaba a quien los contemplaba.

La pieza llamada sha o rey tenía quince centímetros de altura y representaba a un

hombre coronado que montaba a lomos de un elefante. La reina, dama o ferz iba en una silla de manos cerrada y salpicada de piedras preciosas. Los alfiles eran elefantes con sillas de montar incrustadas de gemas singulares, y los caballos, corceles árabes salvajes. Las torres o castillos se llamaban rújj, que en árabe significa «carro»; eran grandes camellos que llevaban sobre el lomo sillas semejantes a torres. Los peones eran humildes soldados de infantería de siete centímetros de altura, con pequeñas joyas en lugar de ojos y piedras preciosas engastadas en las empuñaduras de la espada.

Carlomagno y Garin se acercaron al tablero. El monarca alzó la mano, y pronunció a continuación las palabras que sorprendieron a los cortesanos que mejor lo conocían.

—Propongo una apuesta —dijo con voz extraña. Carlomagno no era hombre dado a las apuestas. Los cortesanos se miraron con inquietud—. Si el soldado Garin gana una partida, le concederé la parte de mi reino que va de Aquisgrán a los Pirineos vascos y la mano de mi hija. Si pierde, será decapitado en este mismo patio al romper el alba.

La corte se estremeció. Era de todos sabido que el monarca amaba tanto a sus hijas que les había rogado que no contrajeran matrimonio mientras estuviese vivo.

El duque de Borgoña, su mejor amigo, lo cogió del brazo y lo llevó aparte.

—¿Qué clase de apuesta es esta? —preguntó en voz baja—. ¡Habéis hecho una apuesta digna de un bárbaro embriagado!

Carlomagno se sentó a la mesa. Parecía hallarse en trance. El duque quedó anonadado. El propio Garin estaba perplejo. Miró al duque a los ojos y, sin mediar palabra, posó la mano sobre el tablero, aceptando la apuesta. Se sortearon las piezas y la suerte quiso que Garin escogiera las blancas, lo que le proporcionó la ventaja de la primera jugada. Comenzó la partida.

Tal vez debido a lo tenso de la situación, al avanzar la partida ambos ajedrecistas comenzaron a mover las piezas con una fuerza y precisión tales que trascendían al mero juego, como si una mano

invisible se cerniera sobre el tablero. Por momentos dio la sensación de que las piezas se desplazaban sobre él por voluntad propia. Los jugadores estaban mudos y pálidos y los cortesanos los rodeaban como fantasmas.

Al cabo de casi una hora, el duque de Borgoña notó que el monarca se comportaba de una manera extraña. Tenía el ceño fruncido y estaba absorto y distraído. Garin también daba muestras de un desasosiego poco corriente; sus movimientos eran bruscos y espasmódicos, y tenía la frente perlada de sudor frío. Ambos contrincantes tenían la mirada clavada en el tablero, como si no pudieran apartarla de allí.

Súbitamente Carlomagno se incorporó de un salto lanzando un grito, volcó el tablero y los trebejos rodaron por el suelo. Los cortesanos retrocedieron. El monarca, presa de una negra ira, se mesaba los cabellos y se golpeaba el pecho como una bestia furiosa. Garin y el duque de Borgoña corrieron a su lado, pero él los apartó a puñetazos. Hicieron falta seis nobles para sujetarlo. Cuando por fin lo sometieron, Carlomagno miró asombrado alrededor, como si acabara de despertar de un largo sueño.

—Mi señor, creo que deberíamos abandonar la partida —propuso Garin en voz baja, y recogiendo un trebejo se lo entregó al monarca—. No recuerdo la disposición de las piezas en el tablero. Majestad, este ajedrez moro me da miedo. Creo que está poseído

por una fuerza maligna que os ha obligado a apostar mi vida.

Carlomagno, que descansaba en una silla, se llevó cansinamente la mano a la frente, pero no pronunció palabra.

—Garin, sabes que el rey no cree en supersticiones, que las considera paganas y bárbaras —intervino el duque de Borgoña con suma cautela—. Ha prohibido la nigromancia y la adivinación en la corte...

Carlomagno lo interrumpió con voz muy débil, como si sufriera un agotamiento extremo.

—Si hasta mis soldados creen en la brujería, ¿cómo extenderé por toda Europa la fe cristiana?

—Desde el principio de los tiempos se ha practicado esta magia en Arabia y en todo Oriente —afirmó Garin—. No creo en ella ni la comprendo, pero... vos también la habéis sentido. —Se inclinó hacia el emperador y lo miró a los ojos.

—Me he dejado llevar por una furia ardiente —admitió Carlomagno—. No he podido dominarme. He sentido lo mismo que en el albor de una batalla, cuando las tropas se lanzan al combate. No sé cómo explicarlo.

—Todas las cosas del cielo y de la tierra tienen un motivo —dijo una voz detrás de Garin.

El franco se volvió y vio a un moro negro, uno de los ocho que habían acarreado el tablero, a quien el monarca autorizó a proseguir con un gesto.

—En nuestra watar, nuestra tierra, vive un pueblo antiguo conocido como badawi, los «habitantes del desierto». Consideran un honor las apuestas de sangre. Sostienen que solo ellas acaban con la habb, la gota negra vertida en el corazón humano que el arcángel Gabriel sacó del pecho de Mahoma. Vuestra alteza ha hecho una apuesta de sangre ante el tablero, se ha jugado una vida humana, la forma de justicia más elevada que existe. Mahoma dice: «El reino soporta la kufir, la infidelidad al islam, pero no tolera la zulm, es decir, la injusticia».

—La apuesta de sangre es siempre maligna —repuso Carlomagno.

Garin y el duque de Borgoña miraron sorprendidos al rey, pues hacía tan solo una hora él mismo había propuesto una apuesta de sangre.

—¡No! —exclamó el moro—. Mediante la apuesta de sangre se conquista el ghutah, el oasis terrenal que es el paraíso. Cuando se hace una apuesta de sangre ante el tablero de shatranj, es el mismo shatranj el que lleva a cabo la sar.

—Mi señor, shatranj es el nombre que los moros dan al ajedrez —explicó Garin. —¿Qué significa «sar»? —preguntó Carlomagno poniéndose lentamente en pie. Superaba en altura a todos los presentes. —Significa «venganza» —respondió el moro con tono inexpresivo. Dicho esto, hizo una reverencia y se alejó.

—Volveremos a jugar —anunció el monarca—. Esta vez no habrá apuestas. Jugaremos por placer. Esas ridículas supersticiones inventadas por bárbaros y niños son meras zarandajas.

Los cortesanos colocaron el tablero y la estancia se pobló de murmullos de alivio. Carlomagno se volvió hacia el duque de Borgoña y le cogió del brazo.

—¿Es cierto que hice una apuesta semejante? —susurró.

El duque lo miró sorprendido.

—Así es, señor. ¿No lo recordáis?

—No —contestó con tristeza el monarca.

Carlomagno y Garin se sentaron a jugar. Tras una batalla extraordinaria Garin alcanzó la victoria. El emperador le concedió la propiedad de Montglane, en los Bajos Pirineos, y el título de Garin de Montglane. Quedó tan complacido por el magistral dominio que del ajedrez tenía su soldado, que se ofreció a construirle una fortaleza para proteger el territorio que acababa de ganar. Muchos años después, Carlomagno le envió como regalo el maravilloso ajedrez con el que habían jugado la famosa partida. Desde entonces se conoce como «el ajedrez de Montglane».

—Esta es la historia de la abadía de Montglane. —La madre superiora concluyó el relato y miró a las monjas, que escuchaban en silencio—. Muchos años después, cuando Garin de Montglane cayó enfermo y agonizaba, legó a la Iglesia su territorio de Montglane, la fortaleza que se convertiría en nuestra abadía, y el famoso juego conocido como el ajedrez de Montglane. —La abadesa se interrumpió, como si no supiera si proseguir con la historia. Finalmente re-tomó la palabra—. Garin siempre creyó que sobre el ajedrez de Montglane pesaba una terrible maldición. Había oído rumores de acontecimientos infaustos relacionados con él mucho antes de que pasara a su poder. Se decía que Charlot, el sobrino de Carlomagno, fue asesinado mientras jugaba una partida en ese mismo tablero. Corrían extrañas historias de matanzas y violencia, incluso de guerras, en las que ese ajedrez había intervenido. Los ocho moros negros que lo habían trasladado desde Barcelona rogaron a Carlomagno que les permitiera acompañar las piezas en su viaje hasta Montglane. El emperador accedió. Poco después Garin se enteró de que en la fortaleza se celebraban arcanas ceremonias nocturnas, rituales en los que sin duda participaban los moros, y se acrecentó el temor que le inspiraba el ajedrez de Montglane, al que consideraba instrumento de Satanás. Así pues, mandó enterrar las piezas en la fortaleza y pidió a Carlomagno que inscribiera una maldición en los muros para impedir que las exhumaran. El emperador creyó que era una broma, pero se plegó al deseo de Garin. Esta es la historia de la inscripción que hoy vemos sobre la puerta.

La abadesa, pálida y exhausta, calló y se dirigió a su silla. Alexandrine se puso en pie y la ayudó a tomar asiento.

—Reverenda madre, ¿qué fue del ajedrez de Montglane? —preguntó una de las monjas más ancianas, sentada en primera fila.

La abadesa sonrió.

—Ya os he dicho que si nos quedamos en la abadía, nuestras vidas corren grave peligro. Ya os he dicho que los soldados de Francia se proponen confiscar los bienes de la Iglesia y, de hecho, ya están cumpliendo esa misión. También os he dicho que antaño enterraron, dentro de los muros de la abadía, un tesoro muy valioso y tal vez maligno. En consecuencia, no os sorprenderá saber que el secreto que juré guardar cuando acepté ser abadesa es el secreto del ajedrez de Montglane. Sigue oculto entre las paredes y bajo el suelo de este estudio, y solo yo conozco el paradero exacto de cada pieza. Hijas mías, nuestra misión consiste en desenterrar este instrumento del mal y dispersarlo para que

nunca pueda reunirse en manos de quien busca el poder. El ajedrez de Montglane alberga una fuerza que trasciende las leyes de la naturaleza y del entendimiento humano.

»Aunque tuviéramos tiempo de destruir las piezas o desfigurarlas hasta volverlas irreconocibles, yo no escogería ese camino. Un instrumento de tamaño poder también puede utilizarse para hacer el bien. Por eso no solo juré mantener oculto el ajedrez de Montglane, sino también protegerlo. Es posible que alguna vez, cuando la historia lo permita, podamos reunir las piezas y dar a conocer su oscuro enigma.

Aunque la abadesa conocía el paradero exacto de cada pieza del ajedrez de Montglane, fue precisa la colaboración de todas las hermanas durante casi dos semanas para desenterrarlas, limpiarlas y pulirlas. Fueron necesarias cuatro monjas para levantar el tablero del suelo de piedra. Una vez limpio, descubrieron que cada escaque tenía extraños símbolos tallados o repujados. También había símbo

los semejantes en la base de cada trebejo. Encontraron además un paño guardado en una caja metálica, cuyos cantos estaban lacrados con una sustancia cerosa, sin duda para protegerla de la humedad. El paño era de terciopelo azul oscuro, recamado con hilo de oro y joyas preciosas que dibujaban signos parecidos a los del zodiaco; en el centro, dos figuras que parecían serpientes se entrelazaban para formar el número ocho. La abadesa consideraba que el paño se había utilizado para envolver el ajedrez de Montglane y evitar que sufriera daños durante su traslado.

Hacia el final de la segunda semana comunicó a las monjas que se prepararan para viajar. Indicaría a cada una, por separado, su destino, de modo que ninguna conocería el paradero de las demás. Así correrían menos riesgos. Como el ajedrez de Montglane tenía menos piezas que monjas la abadía, solo la abadesa sabría qué hermanas habían partido con una parte del juego y cuáles se iban con las manos vacías.

Llamó a Valentine y Mireille a su estudio y les indicó que se sentaran al otro lado del escritorio, sobre el que descansaba el resplandeciente ajedrez de Montglane, parcialmente cubierto por el paño azul oscuro recamado.

La abadesa dejó la pluma y miró a Mireille y Valentine, que, sentadas muy juntas, aguardaban inquietas.

—Reverenda madre, quiero que sepáis que os echaré muchísimo de menos —dijo atropelladamente Valentine— y que soy consciente de que he sido una penosa carga para vos. Me gustaría haber sido mejor monja y no haberos dado tantos disgustos...

—Valentine, ¿qué quieres decir? —preguntó la abadesa, que sonrió al ver que Mireille daba a su prima un codazo en las costillas para hacerla callar—. ¿Temes tener que separarte de tu prima Mireille? ¿Es ese el motivo de estas disculpas tardías?

Valentine miró azorada a la abadesa, asombrada de que le hubiera adivinado el pensamiento.

—Yo en tu lugar no me preocuparía —prosiguió la abadesa. Deslizó un papel sobre el escritorio de cerezo en dirección a Mireille—. Aquí tenéis el nombre y las señas del tutor que se hará cargo de vosotras. Debajo he anotado las instrucciones para el viaje que he dispuesto para las dos.

—¡Las dos! —exclamó Valentine, incapaz de contenerse—. ¡Gracias, reverenda madre,

acabáis de satisfacer mi mayor deseo!

La abadesa rió.

—Valentine, estoy segura de que, si no os dejara partir juntas, con tal de seguir con tu prima encontrarías la forma de echar por tierra todos los planes que he trazado minuciosamente. Además, tengo buenos motivos para querer que estéis juntas. Prestad atención. Todas las monjas de nuestra abadía tienen resuelta su situación. Enviaré a sus hogares a aquellas cuyas familias acepten su regreso. En algunos casos he buscado amigos o parientes lejanos que les brindarán cobijo. Si llegaron a la abadía con dote, les devolveré sus bienes para su manutención y custodia. Si carecen de medios, las enviaré a una abadía del extranjero, que las acogerá de buena fe. En todos los casos pagaré los gastos de viaje y manutención para asegurar el bienestar de mis hijas. —La abadesa cruzó las manos y prosiguió—: Valentine, eres afortunada en más de un sentido, pues tu abuelo te legó una generosa suma, que destinaré tanto a ti como a tu prima Mireille. Además, aunque no tienes familia, cuentas con un padrino que ha aceptado la responsabilidad de cuidar de ambas. Me ha asegurado por escrito que está dispuesto a actuar en tu nombre. Y esto me lleva a otra cuestión, a un asunto que me preocupa sobremanera.

Mireille, que había mirado de reojo a Valentine cuando la abadesa se refirió al padrino, echó un vistazo al papel donde esta había escrito en mayúsculas: «M. Jacques-Louis David, pintor»; debajo figuraba una dirección de París. Ignoraba que Valentine tuviera padrino.

—Sé que en Francia habrá quien se sienta muy disgustado cuando se entere de que he cerrado la abadía —explicó la madre superiora—. Muchas de nosotras correremos peligro, concretamente por parte de hombres que, como el obispo de Autun, querrán saber qué hemos sacado y qué nos hemos llevado. No es posible ocultar por completo las huellas de nuestros actos. Es probable que busquen y encuentren a algunas monjas, que en tal caso tendrán necesidad de huir. En virtud de estas circunstancias, he seleccionado a ocho que, además de llevar consigo una pieza, actuarán como depositarias de otras piezas; es decir, el lugar donde se encuentren servirá de punto de reunión al que acudirán sus compañeras para dejar un trebe

jo si se ven obligadas a escapar, o para indicarles cómo recuperarlo. Valentine, tú serás una de las elegidas.

—¿Yo? —exclamó Valentine. Tragó saliva, porque de pronto se le había secado la garganta—. Reverenda madre, no soy... no sé si...

—Intentas decir que no se te puede considerar un dechado de responsabilidad —dijo la abadesa, y sonrió a su pesar—. Lo sé y confío en que tu sensata prima me ayude a resolver el problema. —Miró a Mireille, que asintió con la cabeza—. He elegido a las ocho teniendo en cuenta no solo su capacidad, sino sobre todo su situación estratégica —continuó la abadesa—. Tu padrino, monsieur David, vive en París, el centro del tablero de ajedrez en que se ha convertido Francia. En su condición de artista famoso, goza del respeto y la amistad de la nobleza, pero además es miembro de la Asamblea y algunos lo consideran un fervoroso revolucionario. Estoy convencida de que, en caso de necesidad, estará en condiciones de protegeros. Además, le he pagado generosamente y

tendrá motivos para velar por vosotras. —La abadesa observó a las dos jovencitas—. Valentine, no es una petición —añadió con tono severo—. Tus hermanas pueden verse en un apuro y estarás en condiciones de servir las. He dado tu nombre y señas a varias de las que ya han partido a sus hogares. Irás a París y harás lo que te ordeno. Ya tienes quince años, edad suficiente para saber que en la vida hay cosas más importantes que la satisfacción inmediata de los deseos. —Aunque la abadesa hablaba con dureza, su expresión era tierna como siempre que miraba a Valentine—. Por otro lado, París no es un mal lugar para cumplir una condena.

Valentine sonrió.

—Claro que no, reverenda madre —repuso—. Para empezar, se puede ir a la ópera, y tal vez a fiestas, y por lo que dicen las damas llevan vestidos preciosos... —Mireille volvió a darle un codazo en las costillas—. Quiero decir que agradezco humildemente a la reverenda madre que deposite su confianza en su devota sierva.

Al oír estas palabras la abadesa prorrumpió en sonoras carcajadas que parecieron quitarle años de encima.

—Bien dicho, Valentine. Ahora id a preparar el equipaje. Partiréis mañana, al alba. No os retraséis.

La abadesa se puso en pie, cogió dos pesadas piezas del tablero y se las entregó a las novicias.

Valentine y Mireille besaron el anillo de la abadesa, y portando con sumo cuidado sus singulares posesiones, se encaminaron hacia la puerta del estudio. Estaban a punto de salir cuando Mireille dio media vuelta y habló por primera vez desde que habían entrado en la estancia.

—Reverenda madre, ¿me permitís preguntaros adónde iréis? Nos gustaría recordaros y enviaros nuestros buenos deseos dondequiera que estéis.

—Emprenderé un viaje con el que he soñado durante más de cuarenta años —respondió la abadesa—. Tengo una amiga a la que no veo desde la infancia. En aquellos tiempos... A veces Valentine me recuerda muchísimo a esa vieja amiga. La recuerdo muy alegre, llena de vitalidad...

La abadesa se interrumpió y a Mireille le pareció que adoptaba una expresión soñadora, si es que podía decirse semejante cosa de una persona tan augusta.

—Reverenda madre, ¿vuestra amiga vive en Francia? —preguntó.

—No, vive en Rusia —respondió la abadesa.

A la mañana siguiente, bajo la tenue luz grisácea del amanecer, dos mujeres ataviadas para un largo viaje salieron de la abadía y subieron a un carro de heno. Este franqueó los impresionantes portones y comenzó a descender hacia el valle, donde pronto los ocultó la bruma ligera que comenzó a elevarse.

Estaban asustadas y, mientras se arrebujaban en sus esclavinas, agradecían que se les hubiera encomendado una misión sagrada que debían cumplir cuando volvieran al mundo del que durante tanto tiempo las habían protegido.

Pero no era Dios quien observaba desde la cima de una montaña cómo el carro de heno descendía lentamente hacia la penumbra del valle. En una cumbre nevada, por encima de la abadía, un jinete solitario observó el carro hasta que se fundió con la oscura

bruma. Entonces azuzó al bayo y se alejó al galope.

© 1988, Katherine Neville

Edición publicada por acuerdo con Ballantine Books, una
división de Random House, Inc.

© 2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1990, Susana Constante, por la traducción

© Herederos de Susana Constante